

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 230

Valencia, 19 de Septiembre de 1937

María Carbonell, 2

FORMI-
dable discurso
pronunciado
ayer en la Asamblea
de la Sociedad de Na-
ciones por el primer
delegado de España,
Sr. Negrín

"La rebelión

militar se hubiera dominado en pocas semanas"

Señor Presidente: El informe del Secretario general, que discutimos, consagra una alención justificada a las repercusiones internacionales de la lucha en España. Permitidme que exponga hoy a la Asamblea, de una manera tan franca como leal, el pensamiento del Gobierno español al respecto.

Hace catorce meses que en España estalló una rebelión militar. Cuestión de orden interior. No incombue a la Sociedad de las Naciones.

Ciertamente que los contactos de los jefes rebeldes con los medios oficiales de Alemania e Italia, nos eran conocidos, y de ellos tuvimos después más de una prueba abrumadora al caer en nuestras manos con los archivos de los partidos comprometidos en la subversión, la clave de la conjura. Pero en tanto que rebelión militar interior, mientras no se vió abiertamente asistida por la intervención extranjera, el Gobierno español no tenía por qué tratar de interesar a nadie en un problema que sólo a él le correspondía afrontar.

Para resolverlo rápidamente, contaba con la adhesión de su pueblo, cuyo sentir acababa de manifestarse en unas elecciones hechas con la sola idea de estrangular la opinión democrática, y que por las mismas condiciones en que se desarrollaron, tan desfavorables para nosotros, dieron a la nueva mayoría parlamentaria una autoridad nacional muy por encima, incluso, de la simple superioridad numérica. Sin intervención extranjera, liquidar la rebelión —esto lo ha olvidado ya todo el mundo por sabido— hubiera sido cuestión de unas semanas.

Fracasada la rebelión, surge la intervención de las potencias fascistas

La intervención comienza tan pronto como fracasa la táctica de la sorpresa. Ante la incapacidad rebelde para vencer de un solo golpe la inesperada resistencia republicana, Alemania e Italia, queriendo, por lo visto, demostrar que, por una vez al menos, sabían cumplir sus compromisos internacionales, pasan del apoyo político a la rebelión, a sostenerla con las armas. Los envíos de material de guerra alemán e italiano a los rebeldes adquieren en el curso de pocos días un ritmo acelerado. A falta de otra ayuda que conceder por el momento, Portugal ofrece generosamente desde el principio la colaboración limitada de sus puertos y fronteras, a fin de reducir en lo posible las incomodidades de transporte.

Cuando en el mes de septiembre España viene a la Asamblea, la rebelión militar ha dejado ya de ser un asunto español. El acuerdo de No Intervención, apenas firmado, acusa por sí sólo el carácter internacional del conflicto. España sube a esta tribuna, no para hablar de su guerra interior, sino para, con cruda lealtad y en cumplimiento de sus

deberes hacia la Sociedad de Naciones, denunciar la existencia en Europa de un estado de guerra. «Los campos ensangrentados de España son ya, de hecho, los campos de batalla de la guerra mundial», dice en esa ocasión quien ostentaba entonces aquí la representación de mi país, y todo lo ocurrido desde entonces, ha venido a demostrar gráficamente la justeza de sus palabras.

Crítica de la No Intervención

En sí mismo, el acuerdo de No Intervención, aparte de constituir un atentado flagrante a los derechos de una nación soberana y de estar en contradicción rotunda con las normas más elementales de la ley internacional, supone la primera concesión, en el caso de España, a la política del hecho consumado, practicada con tan halagador éxito, gracias a la tolerancia de los demás, por los llamados Estados totalitarios.

No es que yo desconozca el elevado propósito que llevó a los Gobiernos de las democracias occidentales a tomar la iniciativa de una decisión encaminada a ahorrar a Europa el desastre de una guerra general. Reiteradamente, el Gobierno español les ha rendido en ese aspecto el homenaje de su comprensión.

Pero el acuerdo de No Intervención concertado entre el juego ya claro de las potencias instigadoras y aliadas de la rebelión, que retrasan la firma hasta cerciorarse de que su último envío de aviones ha llegado a su destino, vino ya a legalizar el hecho consumado de la intervención italiana y alemana en los asuntos de España, prestada por aquel tiempo en la medida juzgada entonces suficiente por el mando rebelde.

La No Intervención nace con esa tara fatal. Es una claudicación que ha de conducir luego, a lo largo de la penosa existencia del Comité de Londres, a otras innumerables claudicaciones. Sin quererlo, sus nobles promotores agravan la intervención ya consumada de Alemania e Italia con otra forma de intervención que consiste en atar de pies y manos al Gobierno español, impidiéndole proveerse libremente de los medios de guerra necesarios para reducir la rebelión y vencerla.

España vivía bien relacionada con todos

Durante catorce meses, Europa ha asistido, estremeada hasta lo más hondo de sus masas populares, y en aquellas esferas donde la contemporalización con el agresor no ha destruido la sensibilidad para reaccionar ante las violaciones de la justicia y del derecho, al desarrollo de esta nueva modalidad de la guerra que no necesita de declaración previa para sembrar sus horrores sobre el territorio codiciado. Cada país pacifista sabe ya con la experiencia de España, que no le bas-

ta con vivir sin designios de hostilidad hacia nadie, sin ambiciones territoriales, sin una política de aventura susceptible de mezclarse en probables complicaciones, su vida de nación tan celosa de la libertad y de la independencia propia como de la ajena para sentirse a cubierto del zarpazo brutal de quienes han elevado a la categoría de filosofía del Estado el culto de la violencia.

En su memorable discurso de 18 de julio último, se preguntaba el Presidente Azaña cuáles eran los agravios de España a las potencias que la invaden. Por no tener en el pasado motivo de rencor alguno, ni siquiera podía recordarla Alemania como uno de los signatarios de los Tratados de paz. En cuanto a Italia, España fué, en efecto, una de las 52 naciones que se adhirió en el conflicto italoabisinio a las resoluciones de Ginebra, si bien la fisonomía del Gobierno que estaba entonces en el Poder, y sus simpatías evidentes hacia la política romana, no le hicieron excederse en la aspiración de que fuera aplicado rigurosamente el Pacto.

España tenía a su favor, para considerarse libre de una invasión extranjera, su actitud tradicional de mantener con todos las mejores relaciones, elevadas con el advenimiento del nuevo régimen a una constructiva y activa política exterior de seguridad colectiva y de paz, mediante la incorporación de la carta fundamental de la Sociedad de Naciones a su constitución republicana.

Pero España poseía Baleares, Ceuta y la frontera pirenaica

España tenía en su contra, para escapar a la agresión, el poseer las Baleares tan codiciadas ya durante la Gran Guerra como base ideal para la actividad de los submarinos; Ceuta, desde donde una artillería bien emplazada y de buen calibre, lo que no impide que esté camuflada para no llamar la atención de los visitantes, puede tener a tiro Gibraltar; la frontera pirenaica, a lo largo de la cual cabe combinar el exterminio del laborioso y heroico pueblo vasco, con la adopción de ciertas medidas respecto a Francia, convenientes para el día de mañana, y toda una riqueza mineral con la que suplir

la propia carencia y mantener bien alimentado el horno de la guerra.

Si; Europa ha asistido a este ultraje inaudito a su civilización y a su honor. Pero España lo ha sufrido en su propia carne. La sangre de los caídos en defensa de una causa común a todos los pueblos libres, pide en esta última hora que sean reparados los errores de una política que con el mejor deseo en unos y las más deleznable intenciones en otros, es por sí sola responsable de la situación actual. Al punto en que hemos llegado, aferrarse a la No Intervención, es trabajar consciente o inconscientemente por la prolongación de la guerra.

Nadie podrá reprocharle al Gobierno de la República el no haber llegado en su decisión de contribuir por su parte a la localización del conflicto, a sacrificios que en el orden internacional ningún otro pueblo ha rebasado jamás. Cada iniciativa dirigida a impedir una extensión de la guerra, encontró en nosotros la colaboración más leal.

Fiel a la posición adoptada desde el primer día, considerando a la Sociedad de Naciones como la expresión jurídica de un sistema de derechos y obligaciones sobre el cual puede únicamente edificarse la paz, España ha comparecido una y otra vez ante vosotros en la Asamblea y en el Consejo, pidiendo nada más que esto: Que informada de unos hechos cuyo consentimiento amenazaba a la esencia misma de la alta institución, buscásemos entre todos el modo de ponerles remedio, y de evitar que la Sociedad de Naciones, mal aconsejada por quienes creen que la mejor manera de servirla es ayudarla a cerrar los ojos ante las situaciones difíciles, se nos hundiese cualquier momento en medio del más estrepitoso descrédito moral.

En su sesión del mes de mayo, el Consejo adoptó una resolución cuya aplicación hubiera significado un progreso considerable en los esfuerzos para hacer efectiva la No Intervención. Me refiero a la retirada de los combatientes no españoles. Hace ya mucho tiempo que el Gobierno de la República se había pronunciado en favor de esa medida, que no era más que una consecuencia lógica de la No Intervención. Pero, además, la retirada de los combatientes no españoles

significaba el fin rápido a corto plazo de la guerra.

La guerra de invasión deja en segundo lugar la guerra civil

Desde hace más de seis meses, el ejército rebelde de los comienzos no interesa ya a la España republicana. Se oye a la gente hablar de los telegramas del extranjero que anuncian, por ejemplo, la partida de nuevos contingentes militares de los puertos italianos, pero no se les oye comentar nada que se refiera al mando rebelde ni a los nuevos reclutas de los facciosos. Es más fácil oír pronunciar, mejor o peor, a un campesino español, del territorio leal, los nombres de los generales italianos que mandan el ejército del Norte, que los de los antiguos generales españoles que operan a las órdenes de aquéllos.

La guerra de invasión ha hecho pasar a segundo plano la guerra civil. Constituye un espectáculo emocionante en verdad, el ver el júbilo, tan de acuerdo con la sensibilidad española, que experimentan los desertores del territorio rebelde, cada día, por otra parte, más numerosos, cuando consiguen llegar a nuestras trincheras. Es algo como si volvieran de un país extranjero a su propia patria. El odio al invasor es, en la mayor parte de los casos, lo que les decide a jugarse el todo por el todo, antes de permanecer en la servidumbre de aquellos que bajo el pretexto de salvarlos de una serie de males que ellos mismos, por lo demás, no han sufrido jamás, se apoderan de nuestro país.

Y no solamente los desertores. Centenares de prisioneros solicitan frecuentemente que se les permita combatir bajo las banderas de la República. Y si algunos de ellos viviesen todavía en la ignorancia, bastan unas cuantas semanas de vida entre nosotros, para convencerlos de que la llamada España roja no se parece en nada al infierno de que les habían hablado. Sus observaciones son en todas sus partes semejantes a las que hicieron en el curso de su visita a España, la duquesa de Atholl o el deán de Canterbury.

En estas circunstancias, con una política por parte del Gobierno es-

(Continúa en la página siguiente)

Un juicio de Mussolini sobre los nazis

Ante la visita de Mussolini a Alemania, conviene recordar el juicio que emitió el «duce» sobre los nazis el 30 de junio de 1934. El dictador romano dijo:

«En sus almas turbias se han despertado los instintos salvajes y la sed de sangre, que apaga la cultura romana y el cristianismo. Los nacionalsocialistas son asesinos y homosexuales, nada más.»

(«Deutsche Volkszeitung», 12-IX-37.)

El presidente libertador

Por Federico Pascual

pañol, que tiende en todos y cada uno de sus aspectos, no a destruir a los españoles que están al otro lado, ni siquiera si están en la línea de fuego, sino a hacerles venir con nosotros y a ganarnos para la causa de España, la retirada de los combatientes no españoles hubiera, sin la menor duda, comportado el fin de la guerra en un plazo de unos meses. La resolución del Consejo provocó una corriente de satisfacción y optimismo. A las cuarenta y ocho horas ya habían encontrado los Estados intervinientes el modo de torpedearla. El incidente del «Deutschland», con el consiguiente bombardeo de Almería, absorbió la atención de quienes, ante cada nueva agresión, lo supeditan todo a calmar la furia de sus autores. La infamia sin nombre de la destrucción de Almería, produjo el efecto buscado. En su impaciencia por lograr que el Estado agresor consintiese graciosamente en reincorporarse de nuevo al sistema de control, el Comité de Londres dejó escapar de entre las manos la cuestión de la retirada de «voluntarios».

Combatientes no españoles, no «voluntarios», como se ha pretendido designar frecuentemente bajo una equívoca denominación común. Voluntarios de veras son sólo aquellos que luchan en nuestras filas. Arrojadlos en la mayoría de los casos de su propio país por el terror fascista, convencidos de que la causa de España es la causa de la libertad mundial, su auténtica silueta se afirma desde el momento en que para venir a nosotros han tenido que comenzar por oponer a los obstáculos de todo género que acompañaban a su partida, el tesón de su entusiasmo y de su voluntad. Frente a ellos, las divisiones italianas; los artilleros, aviadores y tanquistas alemanes; los contingentes marroquíes, todos ellos enviados a España a una voz de mando, o reñados por el hambre y la coacción en la zona del protectorado. Ahí está la diferencia entre unas asistencias y otras. Si el simplicismo de ciertas gentes les ha movido a exclamar cuando se denunciaba el apoyo prestado a los rebeldes por Alemania e Italia, que también el Gobierno republicano tenía sus amigos, lo que se pasaba por alto era el distinto carácter de una y otra amistad.

Alemania e Italia han ido a España, no a ayudar, sino a quedarse

Un carácter distinto como la noche del día. La amistad de Alemania e Italia a los rebeldes no es otra cosa que un pacto de ocupación. A cambio de la ayuda alemana e italiana, los rebeldes les han entregado el país. Alemania e Italia han ido a España, no a ayudar, sino a quedarse. Únicamente la inocencia incorregible de quienes no quieren darse cuenta de lo que significa España para Alemania e Italia en sus planes de agresión a Europa, pueden consolarse a sí mismos con la ilusión de que, aunque los rebeldes vencieran, bastaría sacarles de sus apuros financieros para arrancarlos a las garras de sus amos o en último caso seducir a éstos con la promesa de alguna compensación en cualquier otra parte.

Junto a las quejas que formula en relación con el trato internacional que ha recibido, el Gobierno de la República desea expresar aquí su gratitud profunda a todos los Gobiernos y particulares que, en una u otra forma, han contribuido a disminuir los sufrimientos a los que la agresión extranjera ha sometido al pueblo español. En su deseo de contribuir por su parte a la humanización de la guerra, el Gobierno de la República, que no estaba obligado por ningún convenio internacional a tomar en cuenta el derecho de asilo, lo ha respetado en la práctica, y particularmente sensible a los lazos de solidaridad que le unen con las Repúblicas americanas, reitera aquí, además de las

facilidades que ya ha dado, su intención de liquidar rápidamente el problema de los asilados en las Embajadas.

Fracaso completo de la No Intervención

Nuestra fe en la Sociedad de Naciones se ha evidenciado tan consistente como la resistencia de nuestro pueblo. Cada manifestación de la voluntad de paz encuentra en nosotros un aliado seguro y entusiasta. Con orgullo de hermana mayor, saludó España la declaración de 3 de agosto de 1932 de las Repúblicas americanas en ocasión del conflicto del Chaco, que venía a ratificar la de la Asamblea extraordinaria y a dar una nueva fuerza al artículo 10 del Pacto. Tanto dicha declaración como el Pacto Saavedra Lamas, cuyo artículo segundo repudió la validez de la «ocupación», o adquisición de territorios que sea lograda por la fuerza de las armas, nos muestra felizmente a los países hermanos de América, perfectamente de acuerdo en la manera de enjuiciar las relaciones internacionales.

He tenido especial interés en recordar una vez más el conjunto de la situación y la actitud observada por España como Estado miembro de la Sociedad de Naciones desde que el conflicto español adquiere, por la intervención extranjera, carácter internacional. Quería hacerle antes de colocarlo a la Asamblea ante su propia responsabilidad.

Diffícilmente podrá desconocer la Asamblea este hecho que domina toda la situación actual y que ella misma estimará que no puede ignorar: el fracaso completo de la No Intervención.

Nacida de la hipótesis falsa de que permitir al Gobierno español que ejerciera el derecho indiscutible que tenía a comprar cuantas armas juzgara necesarias, conducía a la guerra, las vallas de la No Intervención, arrancan de esa viciosa concesión de origen. El Gobierno español no creyó jamás que una política basada en el respeto a los Tratados y a las obligaciones internacionales condujese a la guerra. Siempre estimamos que el peligro mayor de que la lucha civil española degenerase en una conflagración europea, estaba, y sigue estando, justamente, en que la Ley internacional, en vez de ser cumplida, sea sacrificada a las exigencias de quienes han hecho del *chantage* de la guerra el instrumento de su política exterior.

Pruebas irrefutables

Con despojar al Gobierno español de su más elemental derecho a comprar armas y municiones para defenderse contra quienes se alzaron contra él, ni la No Intervención ha dejado de ser una de las más sarcásticas ficciones, ni la amenaza de extensión de la guerra ha disminuido. Al contrario, ha aumentado considerablemente. La guerra civil, que pudo haber sido liquidada rápidamente, se ha transformado en una guerra de defensa de la integridad territorial y de la independencia política de España. Que no se nos vaya a pedir a estas alturas sobre este punto la prueba «irrefutable». El hecho de la invasión es reconocido y proclamado con el mayor cinismo por los salteadores del orden internacional. Si alguien se siente todavía prendido en su candor, que recuerde el último discurso de Hitler en Nuremberg, en el que dijo: «Acaso la Gran Bretaña le interese, o le sea indiferente que España se convierta en un desierto. Pero para nosotros, los alemanes, que carecemos de posesiones ultramarinas, España es una de las condiciones principales de nuestra existencia. Francia y Gran Bretaña sienten una honda preocupación de que España pueda ser conquistada por Italia y Alemania. Nuestra preocupación, en cambio, es que sea conquistada por el bolchevismo.»

Estas palabras iluminan suficientemente, y también lo hace el hecho

de que el cabecilla rebelde, con motivo de la entrada de las divisiones italianas en Santander, expresara al duce «la más sincera admiración por su valor y pericia en la lucha, en la que realizaron un tan rápido avance, y que el duce, a su vez, contestara: «Me siento especialmente feliz de que las tropas legionarias hayan contribuido durante diez días a la ardua batalla de la espléndida victoria de Santander y de que su contribución encuentre hoy en su telegrama el reconocimiento esperado. Esta íntima fraternidad en las armas es la garantía de la victoria final hasta que se libere a España y al Mediterráneo de toda amenaza a nuestra civilización común.»

Y si se quisiera todavía pruebas más directas, aunque menos solemnes, basta con leer los artículos publicados por la Prensa italiana, en los que se glorifica abiertamente la participación de las tropas italianas en las operaciones militares del Norte de España, cantando el himno «Giovinezza».

Nadie puede creer ya sin comprometer su seriedad, que en España es la victoria o la derrota del bolchevismo lo que se ventila. Por su propio carácter, por la esencia de su constitución, por la resolución inquebrantable de su pueblo y de su Gobierno, España seguirá después de la victoria la ruta que le marque su voluntad independiente y soberana.

Yo no voy a hacer aquí una crítica del Comité de Londres. Nosotros preveíamos la esterilidad a que tenía forzosamente que llevarle la labor de aquellos Estados que sólo estaban en él para sabotear sus decisiones y reducirlo a la impotencia. De su inexistencia práctica en el momento actual habla el hecho de que durante todo el mes de agosto, cuando la agresión italiana en el Mediterráneo revestía la mayor insolencia, el Comité no juzga necesario reunirse ni una sola vez. La No Intervención está muerta, pero su cadáver insepulto mantiene enrarecido el ambiente internacional. Tal vez el anuncio hecho ayer de la retirada de la patrulla naval francoinglesa

de las costas de España, constituya la penúltima etapa de sus funerales oficiales.

Al amparo de su ficción las fuerzas de agresión se preparan a asesinar a España lo que ellas creen que pueda ser el golpe definitivo. En repetidas ocasiones hemos advertido la proximidad de envíos de nuevos contingentes italianos a España, antes de que éstos se registrasen. Hoy midiendo exactamente la responsabilidad de nuestras palabras, denunciamos a la Asamblea que se está preparando por Italia el transporte al territorio español de un ejército dos veces superior al que Italia tiene actualmente allí. Que no se alegue después ignorancia por parte de nadie.

Nuestra posición, tanto respecto al Comité de Londres como al de Nyon es bien clara. Nosotros no somos contrarios a los acuerdos o Pactos regionales, siempre que comprendan íntegramente a los países afectados. Pero, por encima de todo eso, está para nosotros el Pacto. Nuestros requerimientos reiterados a la Sociedad de Naciones tiene como base nuestra concepción de que es a ella a quien le corresponde exigir que cada uno cumpla las obligaciones internacionales que se derivan del Pacto.

Lo que considera España que tiene derecho a pedir

Informada sobre la situación actual, la Asamblea no puede prescindir esta vez de examinar el asunto a fondo y de adoptar una posición frente a él. Lo que el Gobierno de la República española se considera con derecho a pedir es:

Primero. — Que se reconozca la agresión de que ha sido objeto España por parte de Alemania e Italia.

Segundo. — Que, en consecuencia de ese reconocimiento, la Sociedad de Naciones examine con toda urgencia la forma de poner fin a esa agresión.

Tercero. — Que se devuelva íntegramente al Gobierno español su derecho a adquirir libremente todo el material de guerra que estime necesario.

Cuarto. — Que sean retirados del territorio español los combatientes no españoles.

Quinto. — Que las medidas de seguridad a adoptar en el Mediterráneo sean extendidas a España, que se le asegure a España en ellas la participación que legítimamente le corresponde.

Por lo tanto, y entendiendo que es a la sexta Comisión a la que corresponde el examen del asunto, rogamos a la Asamblea que adopte la siguiente resolución:

«La Asamblea decide el envío a la sexta Comisión del capítulo del informe de la Secretaría General que se refiere a la situación en España.»

En las decisiones que pueda tomar la Asamblea, está fija muy particularmente esta vez la mirada del pueblo español.

Y con ella, la mirada del mundo entero. — Fábrra.

como ocurre en las dictaduras, sino en contra de la propia voluntad y de la modestia del interesado.

Caso realmente único, porque, no hay que olvidar, era no sólo un filósofo, un profesor, sino un político, actividades ambas que se prestan a la crítica más acerba. Y además de un dialectólogo que había sostenido polémicas tan enconadas que llegaron a enajenarle, a fines de siglo, la simpatía de sus compatriotas, aunque más tarde, cuando la verdad, que él mantenía siempre a todo evento, surgió con claridad, la reacción le fuese favorable.

Aquella seguridad en sus ideas y su tesón en defenderlas muestran más que ningún otro rasgo la entereza de su carácter. Mantuvo él en su revista «Atheneum» la falsedad de los famosos manuscritos de Kralove Dvor, que el poeta Hanke, conservador de la biblioteca de la Catedral de Praga pretendía haber descubierto. Se trataba de un poema, que por su estilo, por estar escrito en antiguo checo y por su aspecto material, parecía demostrar la antigüedad de la cultura y, especialmente, del idioma bohemio. Para un pueblo que desde 1620, año de la batalla de Bila Hora, gemía bajo el dominio de Austria y que había mantenido durante dos siglos y medio una lucha por conservar sus costumbres y su lengua propia, sin dejarse germanizar, el descubrimiento de un manuscrito medieval considerado como fuente pristina del habla vernácula produjo indescriptible entusiasmo y no se dudó de la autenticidad de aquellas páginas. De ahí el mal efecto que causaron, en 1886 las dudas de Masaryk, cuya tesis acabó finalmente por prevalecer.

Profundamente eslavoy, pero universalista en sus concepciones, atravesó, como todos los grandes hombres de su país, desde Comenius en el siglo XVII, hasta él mismo en el XX, por la amargura del destierro, desde el cual consiguió ver a su patria libre de la tiranía extranjera.

Primero. — Que se reconozca la agresión de que ha sido objeto España por parte de Alemania e Italia.

Segundo. — Que, en consecuencia de ese reconocimiento, la Sociedad de Naciones examine con toda urgencia la forma de poner fin a esa agresión.

Tercero. — Que se devuelva íntegramente al Gobierno español su derecho a adquirir libremente todo el material de guerra que estime necesario.

Cuarto. — Que sean retirados del territorio español los combatientes no españoles.

Quinto. — Que las medidas de seguridad a adoptar en el Mediterráneo sean extendidas a España, que se le asegure a España en ellas la participación que legítimamente le corresponde.

Por lo tanto, y entendiendo que es a la sexta Comisión a la que corresponde el examen del asunto, rogamos a la Asamblea que adopte la siguiente resolución:

«La Asamblea decide el envío a la sexta Comisión del capítulo del informe de la Secretaría General que se refiere a la situación en España.»

En las decisiones que pueda tomar la Asamblea, está fija muy particularmente esta vez la mirada del pueblo español.

Y con ella, la mirada del mundo entero. — Fábrra.

Este «Boletín»
se reparte
gratuitamente

Italia declara que su aviación ha bombardeado Valencia

GINEBRA. — La «Gazzetta del Popolo», de Milán, anuncia que Valencia ha sido bombardeada por la aviación legionaria italiana.

Esto explica por qué los fascistas aseguran que la cuestión española tiene que volver al Comité de No Intervención.

La paz y la soberanía nacional

Causas profundas de la crisis

De un artículo escrito por Lord Robert Cecil y publicado en el «Dépêche» de Toulouse, el lunes 13 de septiembre, traducimos los siguientes párrafos:

«¿Cómo ha llegado el mundo a esta lamentable situación? Por qué, en todos los países, el presupuesto de guerra es dos veces más elevado que hace seis años? ¿Por qué nos proporciona la prensa cada día un nuevo testimonio de tensión y de molestia internacional? ¿Cómo puede ser que continúe en España y en Extremo Oriente la guerra que, a más de destructora y peligrosa en sí misma, está plena de amenazas para lo porvenir?»

La respuesta es desgraciadamente clara. El sistema establecido por el «Covenant» de la Sociedad de Naciones, no ha sido observado. A través de nuestros Gobiernos, hemos permitido que levanten la cabeza las viejas pasiones y las ambiciones. Si ahora el Japón invade China, realiza matanzas, bombardea las ciudades y amenaza los bienes de otras naciones establecidas allí es porque se permitió que los jefes militares japoneses entrasen en Manchuria en 1932. Si Alemania ha favorecido la insurrección española es porque los demás miembros de la S. de N. no han respondido al deseo de Francia de impedir la reocupación militar de las provincias renanas. Si se ha proclamado abiertamente en Roma que el Ejército y la Flota italianos hacían la guerra al Gobierno español legal es porque se ha consentido a Italia que lleve hasta el fin la aventura abisinia; pero no explican las causas profundas.

Muestran que algunos países han aprovechado la ocasión que se les ha facilitado, gracias a la debilidad o la pusilanimidad de los demás, para retrasar la obra de la «entente» internacional. ¿Pero por qué han obrado así? ¿Sobre qué base lógica se apoya su política?

Es esencial para nosotros responder a estas preguntas si queremos afrontar, con alguna esperanza de buen éxito, los terribles peligros que el militarismo prepara para el porvenir de la humanidad.

El hecho es que las relaciones entre los hombres están regidas por principios contradictorios. Uno de estos principios admite que cada ser, nación u hombre tiene derecho a hacer lo que estime mejor para sí mismo. En el caso de las naciones, es lo que se llama la soberanía nacional, que, según las viejas teorías del derecho internacional era casi ilimitada. No sólo una nación, o su Gobierno, podía hacer lo que le plugiese en materia de política interior, sino que como tenía derecho a hacer la guerra a sus vecinos cuando le pareciera, las llamadas reglas del Derecho internacional no excedían, en la práctica, del cuadro de las aspiraciones jurídicas. Tal estado de cosas ha sido deplorado por muchos monarcas, estadistas, filósofos y eclesiásticos, y se ha intentado establecer un sistema mejor: la S. de N. es el ejemplo más reciente. Estos esfuerzos han tropezado siempre con una dificultad fundamental. Si hay que limitar el derecho a hacer la guerra, ello no puede ser más que mediante el establecimiento de una especie de control de la soberanía nacional. Si no existe una autoridad internacional que tenga el derecho y el poder de impedir la guerra, todas las relaciones internacionales dependerán del capricho de una potencia que se estime bastante fuerte para imponer su voluntad a un vecino más débil.

La cuestión no consiste tanto en saber qué forma particular de control internacional es preciso adoptar como en saber si este control debe existir. En cuanto a la forma, la única cosa esencial es que el control sea efectivo, y yo pienso, por mi parte, que, para alcanzar este fin, se debe apelar a una fuerza colectiva aplastante contra un Estado desleal que se salga de la legalidad. Pero no es esta la cuestión que quiero discutir hoy, pues se plantea inmediatamente otra que tiene mayor importancia: ¿Tiene verdaderamente la comunidad internacional derechos sobre las naciones que la componen en tanto que lo exija el mantenimiento de la paz?

Algunos Estados rechazan definitivamente toda limitación de la soberanía nacional. El Japón acaba de anunciar que no admitiría ninguna ingerencia de potencias extranjeras en el conflicto que ha promovido invadiendo la China. Italia no ha tenido para nada en cuenta las manifestaciones unánimes de la Sociedad de Naciones en el asunto etíope y ha rechazado toda recurrencia a un arbitraje. Más recientemente, cuando aceptaba de manera nominal el principio de la no intervención en España, ha reivindicado para sus tropas la gloria de las victorias de los rebeldes. El Gobierno alemán ha sido de los más claros a este respecto. Ha hecho saber que no toleraría ninguna intervención, ni siquiera presión alguna de un organismo internacional en sus asuntos.

Su actividad como Estado ha sido la misma. Ha vuelto a ocupar Renania y ha abolido las cláusulas del tratado de Versalles relativas al desarme por medio de una acción unilateral. No hay duda de que ha participado en los trabajos de No Intervención de Londres (pero no es tal vez demasiado osado decir que lo ha hecho para impedir que este Comité tome medidas eficaces. Cuando sus navíos han sido atacados en aguas españolas (como les ha ocurrido a los de otras muchas naciones) se ha negado a toda investigación internacional sobre los incidentes y ha insistido en tomar represalias inmediatas. Sus estadistas continúan proclamando su amor a la paz y no es necesario dudar de la sinceridad de sus palabras. Pero se trata de una paz que el Gobierno alemán pueda aprobar y que no durará más que en tanto que esta aprobación continúe, sean cuales fueren las garantías dadas a este respecto.

No ha lugar a plantear de nuevo la cuestión de la mala fe. Estos Gobiernos consideran que la soberanía nacional no tiene límites, lo mismo que los monarcas absolutos consideraban su autocracia como inatacable.

He ahí la gran discusión vital en que estamos comprometidos. De un lado, se hallan los Estados que han aceptado el control internacional en materia de paz y de guerra y, de otro, los Estados que rechazan todo control de este género, y desean volver al antiguo sistema de la diplomacia que ha terminado en el pasado y terminará en el futuro en la catástrofe de la guerra. Tengo, personalmente, la esperanza de que la Asamblea de la S. de N. sacará a plena luz estas terribles consecuencias.»

VIAJE A ALEMANIA

Los "hombres de paja" del fascismo

Un centenar de jefes y aspirantes a jefes de la Falange han salido para Alemania, donde van a adiestrarse en su papel de dirigentes del nuevo Estado «nacional-socialista». Los nazis les enseñarán a torturar judíos, «masacrar» obreros y adorar al «führer», que son las tareas más trascendentales que incumben al fascismo. No creo, sin embargo, que los falangistas españoles tengan que aprender mucho en estas materias de sus colegas germánicos. En punto a barbarie y crueldad la experiencia de la guerra española ha demostrado que la Falange puede figurar a la cabeza del fascismo internacional. Aquí la caza de judíos ha sido sustituida por la caza de republicanos. En cuanto a los católicos, si bien es cierto que en su mayoría hubieron de asumir el papel de verdugos, también es verdad que se ha hecho el ensayo edificante de los curas vascos asesinados con todo refinamiento en los propios cementerios de sus parroquias. Quizá Hitler les reproche no haber utilizado el hacha para la ejecución, según el sistema «nazi»; pero cuando sepa que los falangistas acostumbran a mutilar a muchas de sus víctimas y a quitarles los ojos antes de rematarlos, se habrá sentido satisfecho y forzado a reconocer que en la España «nacional» se asesina a los fascistas con bastante perfección.

Es quizá en los atropellos y los crímenes donde los fascistas españoles pueden presumir de cierta originalidad. Porque en cuanto a ideología, programa y estructura política, el mimetismo es tan evidente que confirma por sí solo los síntomas de colonización que advierten en la intervención extranjera. No hay nada típicamente español en el movimiento de Franco. Desde las armas, los soldados y la técnica que importan con todo descaro, hasta esa escenografía de retaguardia con «flechas», «bailas», plato único, brazos extendidos y triple grito, todo responde a inspiración foránea. Y es natural: el fascismo italoalemán que preparó en su provecho la rebelión española necesita asegurarse con medios propios la hegemonía política, del mismo modo que se ha asegurado el predominio militar.

Los jefes de Falange van, pues, a Alemania para hacer el aprendizaje de «hombres de paja», cuyo papel se le ha asignado antes que a nadie al «generalísimo». Indudablemente siempre es más cómodo que pelear ir con una misión al extranjero. Los falangistas son los héroes de la retaguardia, especializados en el saqueo, la sedición y el

asesinato, facultades muy estimables en el mundo «nazi», que cuenta en su haber con los campos de concentración, el lynchamiento de judíos y el exterminio de demócratas y comunistas. Lo que ahora va a encargarse es servir fielmente los intereses del fascismo, organizar la esclavitud del Frente de Trabajo —trabajar por la comida y comer un solo plato sin mantequilla y sin salchichas— y suprimir físicamente a la oposición, según el sistema que rige todavía en algunas tribus.

Los invasores necesitan siempre el concurso de algún partido para enmascarar su codicia. El rey José encontró a los «francesados», algunos de los cuales, con buena intención, creían servir a su patria colocándola bajo el pabellón triunfal de los Bonaparte. Pero el pueblo tiene a veces mucho más despierto el instinto histórico que las propias minorías dirigentes. Entonces rechazó la tendencia extranjerizante de los intelectuales y hubo de aferrarse con enérgica decisión a su alma propia, a su suelo entrañable cuya tierra está cuajada en los mismos huesos del hombre español, sin mezclas curiosas ni adulteraciones exóticas. Pero en los años napoleónicos los amigos del invasor eran aquellos núcleos más ilustrados del país, gentes que deseaban el ascenso político y cultural del pueblo aunque fuese a costa de una grave crisis de la nacionalidad. Ahora los que abren la puerta al extranjero y se prestan al saqueo y el envilecimiento de España son pura y simplemente traidores, mercenarios incultos y serviles que dan paso a la barbarie «nazi» y al perverso decadentismo italiano por incapacidad moral para sentirse libres. En la hipótesis imposible de que la República fuera abatida, España no habría perdido sólo su dignidad, sino también su sustancia y su fuerza. Al serle inyectado el suero de la sumisión y la dependencia extranjera, quedaría convertida en un pueblo neutro y domesticado, con la obligación de rendir parias diariamente a sus altivos colonizadores. Para eso el fascismo italoalemán trae aquí sus cañones y sus hombres, arrambla con el mineral y el ganado e instruye en el papel de cómitres a los bellacos de la Falange. Pero es demasiado para un pueblo que reinó en Alemania y tuvo a Italia por colonia.

J. DIAZ FERNANDEZ

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

Inquietud en Roma

La situación caótica de Italia

Ginebra.—Las amenazas italianas de intervención en España, han recibido en Ginebra un golpe duro al tenerse noticias de los graves disturbios ocurridos en Sicilia, y al saberse también por noticias particulares de Roma, dignas de todo crédito por lo autorizado de su fuente, que el Gobierno de Mussolini se muestra muy inquieto sobre la situación en conjunto.

Una información de Londres, a la que se concede en los círculos de Ginebra gran atención, refiere que, coincidiendo con la presencia de observadores ingleses en las recientes maniobras de Sicilia, el Foreign Office ha recibido informes reservados que dan cuenta de que en aquella isla existen regiones en estado caótico como consecuencia de la desorganización causada por las repetidas levadas de hombres para las guerras de Abisinia y España. Por sí ello no bastara, se ha registrado una baja tan enorme de la cosecha que gran parte de la población se encuentra en grave riesgo de morir de hambre.

Los círculos diplomáticos de Ginebra han recibido con gran interés la noticia de que una de las razones por las cuales el Gobierno italiano ha tomado la decisión de realizar las grandes maniobras de Sicilia fue la necesidad de llevar a la isla núcleos de fuerzas armadas y el deseo

de realizarlo sin que ello diera lugar a demasiados comentarios.

Está causando también gran impresión en Ginebra la presencia del director del ferrocarril Djibuti-Addis Abeba, quien no se recata de declarar que la posición italiana en Abisinia es desesperadamente difícil y terriblemente costosa.—FABRA

Material de guerra alemán para Portugal

LONDRES, 11.—Se confirma de fuente fidedigna la noticia, publicada por «Reuters», de que Portugal ha recibido un nuevo modelo de fusil alemán y otras armas por valor de 700.000 libras.

El Gobierno Oliveira Salazar ha gastado, en total, 1.200.000 libras en la compra de fusiles alemanes y municiones y 2.000.000 en otro material de guerra.

Un expresivo telegrama de Prieto al Dr. Negrín

El ministro de Defensa Nacional ha enviado al presidente del Consejo el siguiente telegrama:

«Si a la mujer honrada no le basta con serlo, sino que además lo ha de parecer, al político, sobre tener razón, deberá también saber demostrarla. Usted, en sus dos soberbios discursos de ayer, ha tenido el arte de demostrar la razón que asiste a España. Quienes ya la habían reconocido, la habrán visto más clara; quienes, mal informados, dudaban de ella, la habrán encontrado patente, y quienes por odio nos la niegan, habrán sentido, ante las verdades que resplandecieron en las palabras de usted, el sonrojo de hallar descubiertas sus imposturas. El lenguaje de usted, limpio de polvo y de las telas de araña con que suele ensuciar el suyo la diplomacia, ha sido de una transparencia ejemplar. Cordialmente le felicito.

17 septiembre 1937.»

Un "complot" para hacer que los niños vascos vuelvan a su tierra, hoy hollada por el fascismo

D. J. J. Lizaso, uno de los representantes del Gobierno de Euzkadi en Londres, que acaba de visitar en Manchester a los niños vascos allí refugiados, ha manifestado lo siguiente:

«Las investigaciones que he hecho sobre las causas que motivan la inquietud que reina entre los niños —dijo el señor Lizaso a un redactor del «Daily Herald»— nos muestran que el terror que les hizo huir de sus hogares, sigue todavía acechándoles.

Para ellos, es el cartero el ser más temido. El es quien les trae de España cartas de sus padres y parientes excitándoles a que pidan su vuelta a la patria. Estas cartas están redactadas en términos que siembran el descontento y el malestar entre los niños.»

«He observado —añade el señor Lizaso— que casi todas estas cartas son falsas. Forman parte de un «complot» para destruir las simpatías que el pueblo británico siente por la causa del Gobierno español.»

«Tengo pruebas de que las madres vascas han sido amenazadas por los secuaces de Franco con el embargo de sus casas, a menos que escriban tales cartas a sus niños.»

«Otra de las crueles amenazas es la de manifestarles que si no piden el inmediato regreso de sus hijos, no podrán volver a verlos jamás.»

«Desearía hacer comprender a las madres y padres ingleses que los niños vascos se hallan en tierra extraña, donde son muy pocos los que, estando en contacto con ellos hablan su lengua.»

«La mayoría son felices y todos están asistidos

convenientemente por las diversas organizaciones que se han comprometido a atenderlos.»

«Antes de llegar a Inglaterra, pasaron nueve meses de terribles privaciones. Ahora son torturados de una manera refinada por sus enemigos fascistas.»

«Debo hacer presente al pueblo inglés —terminó diciendo el señor Lizaso— que los casos aislados de histerismo que se han presentado en los campamentos de refugiados han sido debidos a que los nervios de estos niños, que figuran entre los más sanos del mundo, han sido excitados hasta más allá de su resistencia.»

(De «Le Sud-Ouest», 12-9-37.)

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este BOLETIN

Un día de duelo nacional, en Italia, en honor de los legionarios fascistas muertos en España

ROMA, 13. — Se anuncia oficialmente que el 29 de octubre, fecha del XVI aniversario del fascismo italiano, será un día de duelo nacional en honor de los legionarios italianos caídos cuando luchaban en las filas del ejército rebelde español.

Con este motivo se inaugurarán en todo el territorio monumentos en los que aparecerán inscritos los nombres de los caídos.

Los intelectuales mejicanos visitan El Escorial

Los intelectuales mejicanos, que se encuentran en Madrid, han efectuado una excursión a El Escorial. Les hemos acompañado. El presidente de la Delegación, Mancisidor, al final de una comida al aire libre, expresó su admiración hacia los españoles, que están llevando a cabo esta dura lucha contra dos naciones sojuzgadas por Estados fascistas.

—Al pensar en celebrar en Madrid —añadió— una exposición de dibujos, grabados, tallas, etc., que representa el desarrollo del arte mejicano de un siglo, queríamos con ello dar forma al deseo de traer a la capital de España el joven espíritu de nuestro país. Porque el alma de Méjico está por entero con la España antifascista. Los mejicanos conocen, muchos, por experiencia propia, los esfuerzos y los heroísmos que ha costado hacer libre a nuestro país. Se vio atacado Méjico, como le sucede ahora a España, por ambiciones exteriores, apoyadas en los traidores y los fanáticos del interior. Y venció, como vosotros venceréis.

Desde la altura en que nos encontramos, se dominan nuestras posiciones de Villanueva de la Cañada. A la izquierda, a través de terreno ondulado, que se eleva en colinas en algunas partes, se halla Quijorna. Frente a esta línea, que no hace mucho conoció triunfos del Ejército republicano, hablaban nuestros amigos, los mejicanos, de su

amor a España y de su sentimiento hacia la causa antifascista.

Eran palabras honradas y sinceras, que pueden esparcirse a los cuatro vientos. Eran amigos, eran hermanos, los que hablaban; han venido a España a traernos el cariño de Méjico, a estrecharnos la mano y a darnos un abrazo cordial. La ayuda que a España presta Méjico es una ayuda digna de las que se prestan, con arreglo al Derecho internacional.

El Estado de Méjico se ha limitado a reconocer al Estado español en todos sus derechos.

Alemania finanza y sostiene las actividades de los fascistas yanquis

NUEVA YORK. — Según informa la Prensa, los jefes de las organizaciones fascistas alemanas van con frecuencia a Berlín y sostienen estrecha relación con otras organizaciones fascistas de los Estados Unidos. Por esto, el senador Borah ha propuesto que el Congreso abra una información sobre la actividad de los fascistas alemanes en los Estados Unidos.

Por los términos en que Borah se ha expresado, parece tener conocimiento de que la Alemania fascista sostiene y finanza las actividades de los fascistas alemanes en los Estados Unidos.—A. I. M. A.

EL PUEBLO ESPAÑOL EN ARMAS

Por el Dr. PABLO M. MINELLI

(Continuación)

abierta contra el Gobierno español, deberíamos hacerle saber en seguida a Berlín que daremos nuestro consentimiento a cualquier acción que Francia decida emprender.»

El incumplimiento del derecho internacional y la guerra generalizada

Ningún motivo valedero existe para que los Gobiernos de Inglaterra y de Francia sigan esa conducta. No es exacto que el cumplimiento fiel del Derecho Internacional (la obligación de no impedir que un gobierno legítimo adopte las medidas indispensables para restablecer la tranquilidad interior) habría desencadenado una conflagración.

En verdad, sólo se trata de una amenaza que a nadie puede impresionar menos que a los citados gobiernos. Es notorio que Italia o Alemania no provocarían la guerra mundial por el hecho de que Francia y Gran Bretaña respetaran e hicieran respetar la soberanía del Gobierno de Valencia. Alemania e Italia saben que no están en condiciones de afrontar el poder de Inglaterra, Francia y Rusia. Si se hallaran en esa situación, la guerra mundial ya habría estallado. Alemania e Italia no esperarían. No son los sucesos accidentales los que determinan una conflagración de esa magnitud. Es la posesión de fuerzas suficientemente poderosas como para desafiar al enemigo, lo que decide a una potencia a promover la guerra. Son los grandes intereses de esa decisión. No pueden equipararse por su trascendencia, ni por la responsabilidad directa de los Estados los episodios de Sarajevo y del Amur. Sin embargo, el primero desata la contienda europea y el segundo se resuelve amistosamente antes de 24 horas. Italia y Alemania provocarían la guerra si llegan a estar militar y económicamente capacitadas para ello; sea cual fuere el proceder de Inglaterra y de Francia respecto de España, como de cualquier otro problema. Pero esa oportunidad no se ha presentado.

Verifíquese cuán categórico es Lloyd George, en ese sentido, en su discurso de junio: «Tres grandes potencias, Francia, Rusia y nosotros tienen tales fuerzas que nadie en Europa podría resistirse ante ellas. Los dictadores europeos son los hombres más diestros, los hombres más atrevidos, los hombres más astutos. Se aprovechan de la debilidad de los Gobiernos de Francia y de este País. Los acontecimientos de la semana pasada demostraron que si nos rebeláramos podríamos tratar con ellos. Por el momento tienen una idea bastante pobre de nuestra inteligencia y de nuestra valentía.»

El mismo concepto es sostenido por Palm Dutt: «La

agresión fascista —afirma—, cuyas zarpas se extienden cada vez más lejos, pudo haber sido contenida desde el comienzo, si Gran Bretaña se hubiera unido a Francia y a la Unión Soviética, en un pacto anglofranco-soviético, que habría unido a los pequeños Estados en lugar de entregarlos desmoralizados y presas de pánico a la dominación fascista.»

La mejor comprobación de que Alemania e Italia no están prontas para una aventura bélica, la dan los hechos mismos. Cada vez que Francia e Inglaterra desean efectivamente impedir determinados actos por parte de las potencias fascistas, lo consiguen. Citemos algunos ejemplos. ¿Por qué posterga (al menos momentáneamente) Alemania la fortificación de la costa de Marruecos? ¿A qué responde que el pretendido accidente del «Leipzig» se dé por terminado sin recurrir a ninguna nueva represalia? ¿Cómo se explica el abandono inmediato del principio de bloqueo a los puertos leales, iniciado por las flotas fascistas?

Esos y otros sucesos son el resultado de decididas actitudes de los Gobiernos británico y francés. La extensión de dicha conducta a todo el problema español cambiaría en seguida la faz de los acontecimientos.

La línea de la política inglesa

Pero el Gobierno de Gran Bretaña no persigue esa finalidad. En su seno predominan tendencias conservadoras cuya política internacional tiene otra orientación. La línea de esa política es perfectamente visible. No es difícil sintetizarla.

Ante todo, el Gobierno de Inglaterra rechaza el principio de la seguridad colectiva. No desea actuar en común para el mantenimiento de la paz. Si aceptara esa norma tendría la oportunidad de demostrarlo en seguida. El conjunto de grandes y pequeñas potencias que, con Francia, y la Unión Soviética, brega por el establecimiento de dicha política, no puede obtener que el Gobierno inglés las acompañe.

En la reciente Conferencia del Imperio se confirma plenamente la orientación británica. El Gobierno de Londres intenta debilitar la adhesión de los Dominios a la Sociedad de las Naciones; es decir, apartarlos del camino de la seguridad colectiva. Si el propósito no se realiza es porque los componentes del Imperio rechazan la propuesta y ponen en evidencia ante el mundo que, en caso de conflicto, Gran Bretaña no cuenta incondicionalmente con los Estados del Commonwealth.

La adopción del principio de la defensa común habría impedido la ingerencia de Alemania e Italia en la contienda española.

En vez de seguir ese camino, el Gobierno de Inglaterra deja en libertad al fascismo. Mientras Italia prepara y remite sus expediciones al África, pesa sobre Etiopía la prohibición de adquirir armas. Recién al declararse la guerra (cuando ya es tarde) se deroga esa prohibición. El Reich, por su parte, se rearma en proporciones sin precedentes. Y, en España, el indebido uso de la regla de no ingerencia facilita la intervención ita-

logermana en los términos denunciados por los propios estadistas británicos.

Naturalmente que el Gobierno de Londres no queda impassible frente a esos acontecimientos. A su vez, él también se rearma. Y lo hace en forma de que el poderío fascista no llegue a colocarse en condiciones de vulnerar el Imperio.

Pero esa política no responde al deseo de defender a la democracia. Obedece al intento de darle al Gobierno de Gran Bretaña la oportunidad de elegir libremente a su adversario y de fijar, con la misma libertad, la hora de batirlo. Es esa la posición que reclaman las fuerzas sociales que representa. La realización de ese plan puede beneficiar ampliamente a esas fuerzas: Inglaterra procuraría capacitarse para ejercer nuevamente el control indiscutible del Mediterráneo; para que el camino de la India volviera a quedar expedito, los sueños fascistas sobre el Sudán se desvanecieran, la afrenta de Albión en el conflicto etíope fuera redimida, y Gran Bretaña recuperara al menos parte de su ascendiente sobre los integrantes del Imperio.

Pero, entre tanto, las democracias siguen siendo avasalladas por la obra fascista, y España desangrándose en un monstruoso tormento.

Esa línea de la actuación británica empieza a dejar de ser un misterio. Los observadores de la política internacional comienzan a ponerla de manifiesto. He aquí el juicio de Palm Dutt: «El Gobierno Nacional (de Inglaterra) no se rearma como único medio de defender la paz contra la creciente amenaza de guerra, la amenaza del rearme nazi y la ofensiva del fascismo. Por el contrario, él busca ese camino, precisamente porque se niega a defender la paz en común con las otras potencias que persiguen este objetivo, con Francia, la Unión Soviética y los pequeños Estados, porque, en realidad, el Gobierno británico apoya al fascismo y, por consiguiente, tiene que armarse para asegurar que esta guerra no se vuelva contra los intereses imperialistas británicos.» Y agrega en seguida: «Es, precisamente, porque el Gobierno Nacional ha ayudado y ayuda al fascismo en Europa, ha facilitado y contribuido al rearme alemán, ha protegido la intervención germanoitaliana en España, ha rehusado colocarse del lado de la paz colectiva a través del pacto franco-soviético, que tiene que armarse ahora hasta los dientes, a fin de asegurar que la consiguiente agresión fascista expansionista no se vuelva sobre los intereses imperialistas británicos, sino que se desvíe en otras direcciones, a los países de la Europa Central y Oriental, que Gran Bretaña está dispuesta a sacrificar. Este es el secreto de la política del Gobierno Nacional.» Después expresa: «El Gobierno Nacional continuará así el método empleado en Etiopía y España y sacrificará, uno por uno, a todos los países democráticos de Europa a la ofensiva fascista, tratando siempre de proteger sus propios intereses imperialistas.» «Tales son las aspiraciones de la política del Gobierno Nacional y de su programa de rearme. ¿De qué

(Continuará)